

Partida

Me senté a esperar. El viento agitaba mi pequeña cabellera ya canosa. El ocaso de la tarde otoñal me sonreía con ternura. Pero yo, en aquel banco del parque, me sentía contrariado y como en un sueño. La vida se me escapaba como una pluma al viento, como un último suspiro exhalado por un cadáver. Mis sueños se perdían entre finos recuerdos de mi pasado: recuerdos felices, pero banales, que quedarían en mi mente que el paso de los años devastarían hasta destruirlos completamente...

Mientras vagaba por mi mente, una mano me tocó el brazo. Un escalofrío me sacudió levemente con ternura. Giré la cabeza hacia la izquierda: allí estaba mi vida, la que se me escapaba, mi luz, mi sonrisa, mi fuerza para seguir... mi esposa, la que sufría como yo el malestar de una vida errante, laberíntica, hipócrita, una vida de destino encadenado a nuestros pechos desnudos, unidos en actos carnales cada noche que pretendíamos amarnos con locura como si fuera la última vez.

Eran tantos los recuerdos vividos. Tantos viajes, tantos besos, alegrías, pero también problemas. Y siempre juntos, siempre. Como dijo el cura aquel día en que nos unimos en matrimonio: para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestra vida. Y así había sido y seguiría siendo mientras Dios nos diera la oportunidad de seguir haciéndolo. Un Dios al que siempre hemos sido fieles pero nunca nos ha tendido una mano. Pero dicen que hay que tener fe, que Dios, aunque no lo creamos, nos ayuda.

¡Qué irónico es todo cuando has vivido tanto y ves que nada es como de pequeño nos lo pintaban!

Sonreí: Ella, la más tierna rosa del rosal, lo esperaba, y más lo necesitaba. Apoyó su cabeza sobre mi hombro derecho. Estaba tan débil. Me acarició el cuello con sutileza y me susurró: «Te amo, y lo haré siempre donde quiera que esté». Le acaricé el cabello, conteniendo el llanto. Levanté la vista hacia el cielo. Vi unas luciérnagas sobrevolar cerca de mí, danzando a la luz de una farola que se acababa de encender, poseídas por aquel brillo celestial, incandescente, sutil, etéreo, parecido a la luz que nos llevará después de muertos al Mundo Celestial...

Miré el reloj. Ya faltaba poco. El tiempo corría en su contra. Lo percibía en mi pecho. A nuestro alrededor, aquella con mano huesuda y guadaña, la bestia invencible, nos observaba y se acercaba poco a poco.

Mi garganta se congeló. Percibí cómo mis órganos dejaban de funcionar con lentitud ante el miedo que me atenazaba. Mis labios se secaron; miré a mi esposa, y dijo: «Este no es el final, de verdad. Siempre estaremos unidos. Y esperaré siempre nuestro reencuentro...» Le

agarré la cabeza y la besé en los labios con pasión, entregándole en ese acto toda mi fuerza y cariño, por millonésima vez.

Aquella misma noche, Marta ingresó en el hospital, muy mal. Y a las pocas horas sus órganos dejaron de funcionar y, antes de que su corazón se apagara, me besó sin fuerzas, y me dijo en su último aliento: «No te desanimes, mi amor. Siempre te cuidaré...» Y perdió el brillo de sus ojos con mi mano agarrada a la suya, fría como el mármol. Y tal fue mi dolor, que no pude derramar hasta dos días después una sola lágrima... Y fue cuando vi la foto de nuestra boda al lado de nuestra cama... Del día más feliz de vida, porque sabía que hasta el final de nuestros días, seríamos el uno para el otro.